

Premoniciones brechtianas

A veinte años de la caída del Muro de Berlín

Luis de Tavira

En este ensayo Luis de Tavira —director de la Compañía Nacional de Teatro— medita críticamente acerca de la caída del muro de Berlín hace veinte años y recupera la memoria de Bertolt Brecht, uno de los dramaturgos más importantes del siglo XX.

Contemplamos con perplejidad los fastos en que se solaza el triunfalismo neoliberal para celebrar los veinte años de la caída del Muro de Berlín, mientras el mundo zozobra en la crisis económica más atroz de los últimos setenta y cinco años.

Más allá de la fatuidad demagógica que ha querido festejar la victoria del capitalismo salvaje y el fin de la Historia, la cabalidad cultural de la celebración debería emplazar a la memoria para suscitar la conciencia de la actualidad. Ahí, la conmemoración sucumbe a la perplejidad de las paradojas, entre la actualidad de la pérdida y la pérdida de la actualidad y aparece la consideración que pregunta por el balance entre lo que se perdió frente a lo que se ha ganado. La memoria se opone a la selección tendenciosa de las imágenes, que a fuerza de repetirse se transfiguran en los lugares comunes del discurso dominante.

Sin embargo, la memoria podría resistir, porque atañe a lo vivido, a lo hallado y a lo perdido, a lo siempre debatible, a lo pensado todas las veces del pensar.

Hay en la cifra de los años que se celebran una privilegiada ocasión para reflexionar y conversar sobre la actualidad, sin nostalgia, sin *ostalgui* tampoco.

Se trata del presente. Porque en la celebración, recuerdo y presente son en ella una sola cosa. Eso es lo que caracteriza al día festivo frente al día cotidiano: la instantaneidad que reúne el recuerdo y su presente. En la celebración, el tiempo se demora para considerar lo que ha sucedido por ejemplo, entre lo que prometía el entusiasmo de aquellos berlineses del Este que cruzaron la Puerta de Brandenburgo el 9 de noviembre de 1989 y esta actualidad en la que el mundo convertido en supermercado, enfrenta la catástrofe de la economía neoliberal, atrapado en la globalización del terrorismo, desde donde contempla, al parecer impávido, cómo se levantan los nuevos muros, como el de los israelíes en Palestina, o el de los norteamericanos en la frontera con México, con sus innumerables víctimas cotidianas, silenciadas en el discurso demagógico de los portavoces de las hegemonías económicas, que han venido celebrando desde hace veinte años, como antes, otra vez, el arribo de la civilización al mejor de los mundos posibles.

Tal vez uno de los motivos de mayor celebración del transcurso de estos veinte años sea el desvanecimiento de la ilusoria teoría del fin de la Historia, esa ridícula re-



Bertolt Brecht

formulación de la Edad Media que pretendió negar la consistencia histórica de lo real: el cambio permanente.

Porque es precisamente el advenimiento del cambio lo que reclama la conciencia sobre la actualidad del mundo, frente a una crisis que amenaza haber llegado para quedarse como constante sobre las variantes del mecanismo económico mundial. Un nuevo fantasma pareciera anunciar la reinstalación de aquel infierno en cuya puerta leyó Dante esta leyenda: *Los que entran aquí, abandonen toda esperanza.*

Tras los fuegos de artificio de la celebración se impone la oscuridad de una crisis económica y cultural que, lejos de ser un fenómeno intempestivo, tiene sus causas discernibles en el ejercicio abusivo de aquellos acuerdos pactados por el Grupo de los Diez (G-10) en el *Consenso de Washington* (1989), como se llamó al recetario económico del neoliberalismo triunfante que proclamaba el éxtasis del mercado y la irrelevancia del Estado, justo cuando caía el Muro de Berlín y la URSS se desmantelaba. Cuatro fueron sus imperativos categóricos: austeridad fiscal, liberalización comercial, desregulación financiera y privatizaciones. Veinte años después la cumbre del hoy Grupo de los Veinte (G-20) intenta a duras penas el reverso de aquel *Consenso*: ante el equilibrio fiscal, plantea la necesidad de estímulos y déficit temporal; frente a la desregulación financiera, formula la urgente necesidad de nuevas regulaciones y mecanismos de control que vuelvan gobernables los bancos y limiten las trampas de los paraísos fiscales. Ante el abuso indiscriminado de las privatizaciones propone

intervenciones públicas para rescatar entidades privadas. Socialización de la deuda, privatización de la riqueza. Impunidad de la responsabilidad anónima ante el desastre; la desregulación financiera ha sido el detonante de la Gran Recesión de nuestros días.

En 1989 no finalizaba la historia. Tampoco el drama. Si acaso, caía el telón de apenas el segundo acto de la segunda tragedia de una tetralogía mayor que ya va para cien años.

Fue el fin de una guerra encabalgada en la inmediata segunda posguerra mundial. La llamada Guerra Fría.

Como en todas las guerras, hubo vencedores y vencidos. Triunfo y derrota. Y la más modesta consideración de las múltiples causas y diversos factores que conforman la enorme complejidad del desenlace debería bastar para rescatar a la conciencia histórica del atroz y recurrente melodrama que pretende reducir la confrontación a la contienda entre el bien y el mal, a la simplificadora contraposición entre los buenos por destino manifiesto y los malvados satanizados; ese maniqueísmo miope que sólo sabe ver virtud de un lado y vileza del otro.

Y en el caso de esta guerra, como sucede en casi todas las guerras, es necesario reconocer, no sin resistencia y lamento por la aspiración a un saber objetivo y justo, que la historia la escriben los vencedores.

Es frente a este hecho donde aparece el reto para la honestidad de la conciencia, porque en semejante reconocimiento surge el conflicto de la verdad.

Precisamente porque eso que llamamos verdad es el asunto de la conciencia.

Y buscar la verdad frente a la historia implica estar preparados para toparnos con determinados abismos.

Escribió Brecht a sus compatriotas, en los años negros del triunfo del nazismo, antes de que llegara el tiempo propicio para recuperar la esperanza que lo llevó a sumarse a las duras tareas de la reconstrucción de Alemania:

Nuestras derrotas no demuestran nada.

Ay, amigos.

Ustedes que están asegurados,

¿Por qué tanta hostilidad?

¿Acaso somos sus enemigos

los que somos enemigos de la injusticia?

La derrota de los que luchan contra la injusticia

nunca dará la razón a la injusticia.

La ventaja del poeta frente al historiador reside en que mientras la historia narra lo que sucedió una vez, la poesía, en cambio, expresa lo que sucede siempre.

Frente a las consignas triunfalistas que proclaman los fastos con que se celebran los acontecimientos, ante el gesto desencantado de tantos protagonistas de aquel

entusiasmo, frente a la alarmante agudización de las desigualdades, sospechamos.

No todo es verdad.

Lo que difunden masivamente los voceros del mercado suena a fraude, apesta a generalizaciones simplificadoras que ofenden a la responsabilidad de la razón.

Lo que proclaman no parece corresponder a la realidad, que siendo una es diversa. No ha sido así para todos. El diario *El País* publicó, el 6 de noviembre de 2009, una encuesta de opinión entre los alemanes. A la pregunta sobre los resultados de la llamada “reunificación” de entre los alemanes que siempre vivieron del lado occidental, un 60 por ciento opina que la “reunificación” los ha beneficiado, aunque considera que la sociedad se ha vuelto más injusta. A la misma pregunta hecha a los ciudadanos del Este que vivieron en la República Democrática Alemana, un 77 por ciento opina que su situación se ha deteriorado y que viven en peores condiciones sociales y económicas.

La llamada *reunificación* puede ser vista más bien como una *Anschluss*. Una anexión tras una guerra y una capitulación. El desmantelamiento de un Estado y el agrandamiento de otro. En una reunificación se habrían pactado condiciones equitativas. No fue así. Una República renunció a su constitución, sus leyes, su patrimonio y sus sistemas a favor de otra República que confirma lo suyo y anexa territorio y patrimonio con la concesión de asimilar a los nuevos ciudadanos al precio de renunciar a sus pactos, derechos públicos y sistemas anteriores. Los alemanes del Este debieron renunciar a sus considerables ventajas sociales, salud, educación, trabajo y habitación, a cambio del derecho a competir en desventaja en un sistema salvaje, incluido irónicamente el derecho a comprar y viajar en un mercado difícilmente accesible para ellos.

No. La reconstrucción de la nación que reúna a todos los alemanes en igualdad no parece ser una tarea que pueda alcanzarse por decreto. Tendría que ser una realización que pudiera superar las profundas desigualdades que provoca el capitalismo salvaje.

Tampoco parece adecuado suponer que el triunfo del capitalismo neoliberal y la derrota del Estado de asistencia social hayan significado una ventaja para la humanidad.

Más allá del escandaloso enriquecimiento de los propietarios del capital, ha aumentado mayoritariamente la pobreza del mundo. La voracidad de la superproducción industrial atenta contra la sobrevivencia del planeta e hipoteca el futuro de los que habrán de nacer.

Ante las imágenes de la fiesta se ofrece una paradoja. Aquellos gestos del recuerdo del 9 de noviembre de 1989 expresan un multitudinario anhelo de libertad. Su consideración evoca otro recuerdo, el de la advertencia evangélica: Sólo la verdad nos hará libres, tanto



Helene Weigel, segunda esposa de Brecht

como sólo la liberación de la conciencia podrá hacernos verdaderos.

La realidad no es falsa ni verdadera. Es o no. La verdad no es la realidad ciertamente, pero en cambio es el significado sobre la realidad que la realidad por sí misma no tiene. El significado que construye la conciencia como sujeto de la libertad, el que humaniza el horizonte de una realidad descorazonada, el que inventa el mundo y lo transforma en la morada de la comunidad cálida de las personas, cada una entre todas, igual en su diferencia.

Por eso no hay una sola verdad, sino un número infinito de verdades. En ello reside la soberanía de la conciencia.

Sin embargo, en su alienación aparece la perversión del pensamiento único y se desata la catástrofe espiritual de los fundamentalismos. También hoy se cumplen veinte años del triunfo del fundamentalismo capitalista. Igual que en el pasado llegó a decirse: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, hoy se proclama: *Fuera del mercado no hay salvación*.

Hölderlin dijo que *poiesis* es la capacidad de transformar la realidad en mi morada; es decir, la capacidad poética para inventar el mundo. Cada cabeza es un mundo, dicen las abuelas y llevan razón. Tercia el poeta surrealista cuando afirma: *Hay muchos mundos, en efecto, pero todos están en éste*.

Yo conocí la R.D.A. siguiendo los pasos del poeta Bertolt Brecht.

Brecht llegó a Berlín en octubre de 1948 y participó en la reconstrucción cultural que emprendía la nueva



Casa del Berliner Ensemble en Bertolt Brecht Platz 1, Berlín

República Democrática Alemana. Durante la irresistible ascensión del nazismo y después, durante la guerra, hubo de vivir un largo periplo de persecución y exilios hasta llegar a los Estados Unidos, como tantos otros intelectuales, científicos y artistas alemanes, con la intención de establecerse ahí y rehacer su vida. Primero fue Nueva York, con Kurt Weill, después fue Hollywood, donde también estaban Max Reinhardt y Fritz Lang. Pero en la inmediata posguerra, tras el *Manifiesto Truman*, se declara la Guerra Fría y poco después en Estados Unidos se desata la cacería de brujas del Macartismo. Como era de esperarse, el famoso comunista Brecht fue procesado por la acusación de alentar con sus obras actividades antinorteamericanas.

Ante semejante persecución, —sólo semejante a la histeria terrorista de G.W. Bush—, Thomas Mann que también había emigrado a Estados Unidos, escribió una carta a la opinión pública, en nombre del *Comité para la Primera Enmienda*:

Tengo el honor de presentarme como testigo hostil... Más aún, testifico que a mi entender, la persecución que lleva a cabo el Comité contra Actividades Antinorteamericanas es una persecución ignorante y supersticiosa contra aquellos que creen en una doctrina política y económica que es, después de todo, creación de grandes pensadores. Testifico que esta persecución no sólo es degradante para

los perseguidores, sino también muy dañina para la reputación cultural de este país...

Brecht regresó a Europa; temporalmente a Suiza. La patria es también la lengua, pero es mucho más. Estigmatizado por el Macartismo, la Alemania Occidental, ocupada por los norteamericanos, resultaba inviable. Así que pese a los recelos que le suscitaba Stalin, decidió sumarse a la construcción de la R.D.A.

Para Brecht, la renuncia a su patrimonio y a la Alemania Occidental no fue un asunto banal. Es famosa su deliberación con Piscator en la frontera misma de la Friedrichstrasse, en la que uno conminaba al otro a emprender la reanimación teatral de toda Alemania. Ambos eran suficientemente realistas para ver que la división entre Este y Oeste sería imposible de superar durante un tiempo largo.

Vio cómo Alemania Occidental se reconstruía con millones de dólares americanos. Vio cómo Berlín Occidental se levantaba como baluarte contra el comunismo oriental. Pronto se convertiría en un escaparate del capitalismo. Y el Kurfürstendamm transfigurado en una pasarela estridente del consumismo. Pero también contempló la enormidad de las ruinas a ambos lados de Berlín, como testimonio de la más grande tragedia de la historia alemana. Brecht debió horrorizarse y tal vez pensó que sin importar qué tan rápido caminara, jamás po-

dría escapar de aquellas ruinas. Recorrió la ciudad y observó a los niños, a las mujeres y a los ancianos apiñando ladrillos, limpiándolos y clasificándolos. ¡Y los fantasmas de la memoria! Todo había desaparecido.

En Berlín Oriental, en el antiguo Stadttheater que está junto al muelle de los pescadores del Spree, fundó con Helene Weigel el Berliner Ensemble, una de las compañías teatrales más admirables del siglo XX.

En pocos años, el Berliner se convirtió en protagonista de la revolución estética más consistente de la modernidad teatral.

Su primer estreno, *Madre coraje* constituyó el emblema de uno de los propósitos culturales definitorios de su emprendimiento teatral: Despertar la conciencia sobre la construcción de la paz y su valoración como condición de posibilidad del porvenir humano.

La noche del estreno se abrió un telón diseñado por Picasso, que representa la paloma de la paz y que habría de ser el símbolo legendario del teatro brechtiano. Un teatro dedicado a valorar la paz en tiempos de una despiadada guerra fría, económica, política y cultural, encabalgada en el furor de la carrera armamentista y frente a la amenaza de la devastación nuclear.

Pese a todo, su relación con el régimen fue mutuamente solidaria, pero frecuentemente tirante y peligrosamente crítica. La primera obra que escribió Brecht en su casa berlinesa de la Chausseestrasse, fue *Los días de la comuna*, en la que expone la necesidad histórica que legitima la formulación de la utopía comunista, tanto como desvela las causas de su fracaso histórico. Una obra que leída hoy se resignifica como una temprana premonición y una lúcida advertencia sobre lo que habría de suceder cuatro décadas después.

En los cruciales días de 1953, tras la muerte de Stalin, se produjo un levantamiento de los obreros berlineses del Este. En la R.D.A. fue condenado por las autoridades como una acción de provocadores imperialistas. En la R.F.A. fue considerado como un alzamiento contra un régimen represivo. Hay una parte de verdad en ambas versiones. Sin embargo, el error del gobierno de la R.D.A. parece indiscutible. Las repercusiones del levantamiento y su represión fueron profundas. Demostraron a los funcionarios que el socialismo no puede realizarse con decretos y discursos, de espaldas a la sociedad. Corregir el rumbo fue costoso y supuso mucho más tiempo. Surgió la conciencia de que el porvenir de la R.D.A. dependería de la capacidad para superar la brecha entre gobierno y pueblo.

En aquella ocasión, Brecht escribió:

... luego del levantamiento del 17 de junio el Secretario de la Unión de Escritores distribuyó panfletos en la Stalinalle en los que se leía que el pueblo

había defraudado la confianza del gobierno y que sólo duplicando la producción podría recuperarla.

¿No sería más sencillo entonces que el gobierno disolviera al pueblo y eligiera a otro?

Cincuenta años después, la R.D.A. no existe. El mal llamado socialismo real ha demostrado que era cualquier cosa menos real. Pero tampoco el triunfo del capitalismo ha conseguido demostrar que la utopía de la justicia social sea renunciabile. Tras el fin de la Guerra Fría se ha vuelto más urgente que nunca reformular la crítica del capitalismo salvaje.

¿Qué celebramos después de dos décadas de la caída del Muro de Berlín? El mundo no se ha vuelto un lugar más justo. Ha aumentado la pobreza en el mundo. La desigualdad se ha incrementado incluso en las propias naciones desarrolladas. Han proliferado las guerras, que no sólo no cesan, sino aumentan: Afganistán, Irak, el Medio Oriente. Antes, el incendio de Yugoslavia, los nuevos genocidios, el secuestro de Rusia en manos de las mafias, su incompetencia económica y su profunda



14 de noviembre de 1989

injusticia social. El terrorismo, la proliferación incontrolada de las armas de destrucción masiva. En suma, el capitalismo abandonado al frenesí de su triunfalismo está conduciendo a la sociedad occidental y al resto del mundo a un nuevo y ominoso callejón sin salida.

Brecht había escrito durante los peores años de la crisis mundial que precedió al estallido de la Segunda Guerra Mundial, un poema elocuente que tituló “Con el alma en vilo”:

Dices:

La causa de la justicia no avanza hacia buen fin.
La oscuridad aumenta. Las fuerzas disminuyen.
Ahora, después de tantos años de lucha,
estamos peor que cuando comenzamos.

En cambio, el enemigo es más fuerte que nunca;
ostenta su poder con mayor fuerza
y mira a todos lados con ojos invencibles.

Sin embargo debemos reconocerlo:
Fueron nuestros errores los que lo hicieron fuerte.

Cada vez somos menos;
las consignas son confusas.

Nos robaron las palabras y las han retorcido
hasta volverlas irreconocibles.

Preguntas hoy:

¿qué está mal de lo que dijimos entonces?

¿una parte o todo?

¿con quién se puede contar aún?

¿y nosotros, estos pocos que permanecen en la vigilia,
hemos sido expulsados del río de la vida?

¿quedaremos atrás,

sin entender a nadie ya,

sin que nadie nos entienda?

¿se trata de tener suerte o no?

¿o de tener razón o no?

Así preguntas. Espera...

Sólo tendrás la respuesta de tu conciencia,
frente al sufrimiento de la mayoría.

Afirmar que la humanidad es histórica es ya anunciar que aún tiene futuro. No se puede saber de modo conclusivo qué cosa sea lo humano hasta que no haya dado de sí. Por eso, ni la cultura ni el pensamiento pueden cerrarse mientras la historia permanezca abierta. **U**

